

Respiración artificial:

Los encuentros indefinidos

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Cada página de *Respiración artificial* es como un muro adicional que el mismísimo Dédalo pone a su laberinto. Uno transita esos corredores, y no es del todo sencillo salir de ellos; sin embargo, la novela como retiene también libera. El laberinto también conquista: Teseo queda atrapado.

“¿Hay una historia?”. No solo una. Para Piglia, Vico no se equivoca cuando habla de la historia: es esta una creación humana. Hay que reconocer, no obstante, que el sentido de la historia del que habla el italiano Vico es distinto del que piensa Piglia desde la primera línea de su novela: en aquel la historia (Historia) se devela en acontecimientos vitales (y/o funestos) para la condición humana o para un especial grupo de personas; para el autor de *Respiración artificial*, de otro lado, la historia es narración íntima. Narrar es crear historias. Piglia diría que, no solo toda la historia es creación humana, sino que todas las historias están aún por narrarse. Así se comprende que su obra sea una resma de historias en las que no se niega profundidad, por medio de la ficción, al hecho de ser simples mortales. “Hasta el tipo más insignificante, si dispusiera de un auditorio, podría fascinarnos con el misterio de su vida. [...] Cada uno de nosotros tiene su propio repertorio de momentos extraordinarios y de ilusiones heroicas”.

La revista *Número* (7) de Bogotá publicó uno de los relatos de Piglia, extractado de los *Cuentos con dos rostros* que la UNAM a la vez había hechos públicos en 1992. *En otro país* es el título

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Escritor. Profesor del Departamento de Humanidades adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. lufevata@hotmail.com

RICARDO PIGLIA

Respiración artificial





de aquella historia. Recuerdo que al finalizarla me llegaron pensamientos acerca del cuento y del ensayo como territorios de la Literatura, pues, de qué forma —concluí— la ficción se hizo líneas del ejercicio de aprehensión literaria, de qué valiente manera la historia allanaba a la Historia, y de qué forma lo simple puede resistirse a una ingenua lectura.

En *Respiración artificial* he notado que Piglia ha sido fiel a su vida, a su historia. Las prioridades narrativas se mantienen. En *otro país* es un relato de muchas breves historias con una plataforma en común: el Diario de quien narra (el particularísimo Ricardo Emilio Piglia Renzi) y la recordada experiencia intelectual con otro hombre, Steve Ratliff, un océano de relatos. *Respiración artificial* es una novela que son muchos relatos para nada gratuitos, pues todos de una u otra forma se unen, como los relevos atléticos, así sea por el azar. Es una novela con una diseminada y particular relación entre Renzi y su tío Marcelo Pophan —relación que para mí sostiene la novela—, otro océano de historias. A partir de allí es que se comienzan a fraguar las experiencias ajenas en la propia vida y, sin darnos cuenta, el lenguaje ajeno nos empuja. Así, en efecto, la historia de un hombre nos remite a la de otro hombre en una cadena que, por qué no, puede extenderse cada vez, como lo demuestra Piglia, a terrenos inexplorados. Siempre hay una referencia a la historia ajena: la propia puede llegar a importar poco cuando con la ajena se alcanza una singular catarsis.

Emilio Renzi recuerda a su tío, Marcelo Maggi; con este sostenía un particular diálogo epistolar que se hace sólido en otra historia: la de Enrique Ossorio. Concretemos los nexos familiares: Maggi, tío de Renzi, se desposa con una aburguesada dama de nombre Esperancita, quien tras enterarse de que su esposo la ha engañado con otra (La Coca) irrumpe en nuestra lectura con un claro entrenzado

GLIA
ción
ial



ANAGRAMA
narrativas hispánicas

faulkneriano (cf.: *Las palmeras salvajes*). Maggi estuvo en la cárcel y, dicho sea de paso, pasó por Colombia en su fuga con La Coca. Paradójicamente, es la genealogía de Esperancita la que brinda raíces al relato. Es ella hija del ex senador Luciano Ossorio, nieto de Enrique Ossorio, quien, siendo claros, es la vida que más interesa a Maggi, la vida que trata de reconstruirse a la luz de un diario autobiográfico y de fragmentos de sus cartas. Del padre de Luciano poco sabemos: murió en un duelo por defender el honor de Enrique, su padre, a quien se acusaba de traidor. El último nivel de nuestra exploración nos lleva a los padres de este: un coronel de las guerras de independencia y una bohemia mujer que no llegó a amar a su compañero, bueno, por lo menos al padre de Enrique, porque tenemos noticias de sus furtivas relaciones con el conde Waleski, bastardo de Napoleón Bonaparte con la polaca María Waleska. Nos hemos ido pues hasta los últimos años del siglo XVII en la sola genealogía de Esperancita quien, al parecer, no llega a importar tanto como sus ancestros.

Respiración artificial es una novela dividida en dos partes y es en la primera donde más importa el trazado que hemos señalado anteriormente, la saga de los Ossorio y, su apartado especial, Enrique Ossorio. Historia inquietante es la vida de Enrique “(...) el suicida, el traidor, el buscador de oro”.

Una suerte de actividades intelectuales y diplomáticas le acompaña. Hombre de confianza de Rosas, tanto como para permitirse una deslealtad. Entre las muchas cartas que dejó el llamado Cofre de

los Osorio —biografía virgen de Enrique— encontramos las que pertenecen a su traición, correspondencia en clave con el exiliado Félix Frías. Particularmente, sorprende que estas cartas no sean las que explore Maggi: esta labor queda en manos del sagaz Francisco José Arocena, hombre que veo como el lector que solicita Piglia —si se quiere, el “macho” que llegó a exigir Cortázar—, lectores que traten de ver todo el iceberg —el término es de Hemingway—, no solo lo que sobresale. Ese «a mí no me van a engañar» de Arocena, solicita un “a mí tampoco” de los lectores.

Entre carta y carta de Maggi a su sobrino y de este a su tío, Emilio conversa con el padre de la ya fallecida Esperancita, Luciano Ossorio, el ex senador. Conversaciones no solo agradables por lo que tratan sino por su forma, anticipo de los ligeros episodios de la segunda parte del libro. También Maggi llega a escribirle a su suegro con claras muestras de aprecio. Estudiamos fragmentos de su autobiografía, donde explora sobre todo sus preocupaciones literarias: la literatura como forma privada de la utopía, siendo el exilio la verdadera utopía: “Tenemos los recuerdos que nos han quedado del país y después imaginamos cómo se verá (cómo va a ser) el país cuando volvamos a él. Ese tiempo muerto, entre el pasado y el futuro, es la utopía para mí”, dice Enrique Ossorio. “Entonces el exilio es la utopía”.

Otras dos experiencias que sirven de material a la imaginación de Ossorio, confiesa este, son el oro y la traición: el oro, metal utópico; la traición, modelo para el héroe utópico: el traidor. A estas

preocupaciones literarias se agrega una búsqueda (también con rasgos utópicos) de una obra literaria cuyo tema general es el del pasado que encuentra el futuro, un historiador del pasado que encuentra libros del futuro. ¿Qué textos? Cartas, pues, de cierta forma, estas anulan el tiempo.

Pasemos rápidamente a la segunda parte del libro: *Descartes*. Emilio Renzi se traslada a Concordia, la ciudad de su tío. Una pregunta se torna ya inmortal: ¿Qué se hizo Marcelo Maggi Pophan? Aún no lo sabemos. ¿Murió?, ¿vive en Colombia, en Uruguay o en Chile?, ¿realmente Marconi lo vio cuando se dirigía al Club? Todo queda en el pantano. Pero, en esa espera que Emilio debe hacer de su tío, le recibe y acompaña el polaco Vladimir Tardewski “Volodia”. Con este hombre caminamos hasta el fin “textual” de *Respiración artificial*, convertida en su segunda parte en respiración intelectual.

Sobre todo, se exponen tesis valientes acerca de la Literatura y la Historia. Joyce: una parodia de Shakespeare, un hombre que en su literatura se planteó el problema de cómo narrar lo real importándole un carajo el mundo; Lugones: un cómico de la lengua sin voluntad de serlo, un guardián del lenguaje nacional; con Arlt, la antítesis de Lugones, murió la literatura moderna argentina ya que Borges es un escritor brillante del siglo XIX con ligeros chispazos modernos que sacan sus cuchilleros. Renzi se “desdobla” hablando de la literatura de su país; de nuevo el ensayo se mezcla con la ficción. Bien importante para Piglia resulta ser quién narra los hechos y las ideas; el que escribe no puede

hablar de sí mismo —no relata quien lleva la pelota, diría yo—; por ejemplo, cuando Emilio expone sus teorías no es él mismo quien las narra sino Tardewski quien se convierte en el sujeto atento, sobre todo, de la discusión que sostienen Renzi y Marconi, transmitiendo al lector las palabras dichas por ellos. De igual forma, cuando expone Tardewski es Renzi quien nos sirve de puente para escucharlo.

Sin demeritar el primer apartado de esta segunda parte —en la cual Tardewski nos relata las palabras que cruzaron Emilio y Bartolomé Marconi—, resultan para mí más llamativos los dos apartados siguientes (el 2 y el 3), en los que de nuevo Emilio toma su pluma y nos narra lo que Tardewski le contó, la propia autobiografía de este polaco. En ella se insertan divertidas y acerbas críticas a autores de la filosofía contemporánea (los As-¿no?); alusiones explícitas a la vida de otros a quienes se admira, como a Wittgenstein, y el gran descubrimiento de Tardewski: el encuentro entre Hitler y Kafka. “Me aferraba a ese descubrimiento: lo esperaba todo de él, porque, dijo [Tardewski], no había llegado aún a convencerme de que debía esperarlo todo del fracaso”.

“El cruce entre Hitler y Kafka, una hipótesis de investigación por Vladimir Tardewski” (Pligia, 2007). Buscando un libro en la biblioteca del British Museum, el polaco encontró uno que apenas conocía, *Mein Kampf* de Hitler. Por aquellos días nuestro personaje leía también la obra de Franz Kafka; podría uno decir que las casualidades buscaban quien las descubriese. Como

lo revela *Mein Kampf*, se presenta en la vida de Hitler un ligero vacío —como si hubiera muerto para la historia— que transcurre entre octubre de 1909 y agosto de 1910. Si tenemos presente lo que dice Joachim Kluge, decimos que por esos días el Káiser eludió el servicio militar (paradoja hitleriana). Siguiendo su posible huella, encontramos a Hitler en Praga, probable último lugar tras el éxodo vienés. Allí frecuenta el café Arcos, donde, a la par, artistas e intelectuales bohemios acostumbraban departir largas horas. Kafka también iba allí; al parecer el encuentro fue inevitable. El relato que nos hace Tardewski resulta bien sorprendente no solo por los personajes implicados, sino por lo que llega a significar para uno de ellos: “El genio de Kafka reside en haber comprendido que si las palabras de Hitler podían ser dichas entonces podían ser realizadas. Las palabras preparan el cambio... Kafka sabía oír. Estaba atento al murmullo enfermizo de la historia”.

Referencias

Piglia, R. (2001). *Respiración artificial*. Barcelona: Anagrama.

Piglia, R. (2007). *Cuentos de dos rostros*. México: Editorial Universidad Nacional Autónoma de México.

